

Miquel Berga

Mil novecientos ochenta y cuatro es una novela memorable o, lo que no es exactamente lo mismo, difícil de olvidar. El primer lector del manuscrito de Orwell, el editor Frederic Warburg, tuvo sin duda una impresión de este tipo y en su informe editorial señaló que se trataba de "uno de los libros más aterradores que he leído en mi vida". Warburg entendió que se trataba de un gran libro, un texto que pone en marcha una "gigantesca" agitación intelectual a la que, confiesa el editor, preferiría no tener que volver a enfrentarse "en muchos años". Esta primera impresión dio paso a una enorme cantidad de reseñas y incesantes estudios críticos que dan fe de la complejidad de la obra más allá de la aparente sencillez de su trama novelesca. En el año del centenario de su autor pocos dudarían en situar *Mil novecientos ochenta y cuatro* como una de los textos de especulación política que se ha convertido en referencia indispensable en nuestra percepción de los grandes *ismos* del siglo XX y como una contribución central en la comprensión del totalitarismo. La obra sitúa a Orwell entre el Swift de *Gulliver* (y también el de *Una proposición modesta*) y el Kafka de *La colonia penal* y se contrapone al *Mundo feliz* de Huxley: lo que en Huxley aparece como una premonición de los terrores de la ciencia, en Orwell se convierte en un estudio de la ciencia de los terrores.

La última novela de Orwell proyecta una luz ulterior sobre el resto de su obra que parece iluminar la trayectoria vital y el proyecto literario del autor. La tentación de leer *Mil novecientos ochenta y cuatro* como punto de clausura tiene que ver con el hecho de que Orwell la mecanografió literalmente postrado en su cama de tuberculoso, con síntomas de enfermo terminal, en la remota isla de Jura (Escocia). Sin duda, el esfuerzo colosal de su escritura no colaboró a mejorar su salud precaria y Orwell sólo pudo disfrutar de su imprevista fama y holgura económica unos pocos meses. El libro se publica el 8 de junio de 1949, es decir, a menos de siete meses de su muerte el 21 de enero de 1950, a los 46 años de edad. La novela, por otra parte, parece la culminación de una trilogía de denuncia de la revolución traicionada y contra la opresión totalitaria que Orwell habría iniciado con el relato testimonial de *Homenaje a Cataluña*, desarrollado en la ficción con *Rebelión en la granja*, un cuento "infantil" sobre la Revolución Soviética en la tradición satírica de los *fabliaux*, y culminado con la creación de un mundo, el de *Mil novecientos ochenta y cuatro*, en el que los mecanismos del modelo totalitario han conseguido establecer una distopía sin fisuras que supera definitivamente los experimentos del nazismo o del estalinismo.

Sin embargo, esta sugerente contextualización de la obra tiene escasa base real. Las diversas biografías del autor (se llevan publicadas seis; un irónico éxito póstumo para alguien que dejó escrito en su testamento que no se publicara ninguna biografía suya) demuestran que Orwell tenía planes para obras posteriores y que, a pesar de su estado de salud, no estaba escribiendo su "última novela". En una reacción característica, Orwell solía pedir a los médicos su opinión experta sobre el tiempo que podía vivir alguien en su situación para hacer los planes "correspondientes". "Tengo todas las ganas de vivir", le confiesa a un amigo "pero me gustaría tener una idea clara de cuánto puedo durar en lugar de recibir el tipo de ánimos que los doctores normalmente

dan para entretener al paciente".¹ Por eso es razonable la afirmación de Bernard Crick, su primer biógrafo: "*Mil novecientos ochenta y cuatro* no fue el último testamento: simplemente, resultó ser la última obra importante que tuvo tiempo de escribir antes de morir"². Es éste un detalle importante para relativizar la abundante *Freudografía* que ha presentado la obra como el grito desesperado de un hombre derrotado, el testamento de un moribundo que proyecta sobre el protagonista su propio pesimismo vital... y afirmaciones por el estilo. Por otra parte, Orwell tenía un detallado esquema de la novela con el título provisional de "El último hombre de Europa" desde 1943 que concuerda casi exactamente con los temas y la estructura de la obra que, finalmente, escribió en 1948. *Mil novecientos ochenta y cuatro* no era, pues, la culminación consciente de nada sino una obra más del autor, una sátira sobre las tendencias políticas más inquietantes de su tiempo, una manera de enfrentarse al clima de una posguerra que había dejado el mundo dividido en bloques de poder antagónicos en una paz precaria basada en la neutralización mutua gracias a la amenaza de la bomba atómica. Así lo vieron los críticos contemporáneos de la novela. La idea de presentar la obra como la culminación preconcebida de un proyecto ideológico y literario es sólo producto de lecturas que, una vez muerto el autor, reelaboran sus supuestas intenciones.

En realidad, en el mismo título se encuentran claves interpretativas más razonables. La evidente inversión del guarismo 48 (fecha de la escritura) en 84 parece remitirnos al presente, y la atmósfera de las primeras páginas (con la excepción de las Telepantallas con su capacidad de vigilancia) debía resultar perfectamente familiar a los londinenses que vivieron los cortes de luz, el racionamiento o los edificios en mal estado de los inviernos de la posguerra. Es importante señalar que el título original y el usado en ediciones inglesas siempre se escribe con letras. Es una manera de sugerir una obra ficticia. Lamentablemente, en Estados Unidos (y en ediciones españolas, también) se suele usar "1984", una fecha precisa en el calendario, lo que ha alimentado las simplistas lecturas de la obra como una profecía (¡nada más atractivo para el periodismo sensacionalista de nuestros días!)³. La ridícula idea de un Orwell-Nostradamus que predice el futuro en una típica obra de ciencia-ficción evita, a menudo, disfrutar del excelente pesimismo cómico, de las dosis de humor negro y de algunas de las divertidas parodias que contiene el relato. Lo que aquí se describe es la lúcida lucha de un hombre de nuestro tiempo contra un despotismo que pretende acabar con la individualidad (de ahí el título inicial: "El último hombre de Europa", un pre-eco del célebre alegato de Primo Levi) y sus intentos de mantener la capacidad de disidencia ante un mundo que se le echa encima para aplastar la base de su humanidad, es decir de su capacidad para mantener la memoria personal y practicar la solidaridad con el prójimo. Que su rebeldía individual sea destruida y aplastada cruelmente es condición necesaria

¹ Carta a Fredric Warburg, 16/5/1949. Todas las referencias a la correspondencia de Orwell son de la edición de Peter Davison, *The Complete Works of George Orwell* (20 vols), 1998.

² Crick, B., *George Orwell: A Life*, 1980

³ Sin embargo, Gordon Bowker (2003), uno de los recientes biógrafos de Orwell, sugiere una explicación más casual y privada: Su primera esposa, Eileen, había escrito en 1934 un poema de celebración del cincuentenario de su escuela y, mirando a los próximos cincuenta años, lo tituló "End of the Century, 1984". Estaba el viudo Orwell rindiendo un sutil y discreto homenaje a la memoria de Eileen? Quién sabe.

-en el género satírico- para que el lector entrevea la magnitud del peligro y, en consecuencia, sienta la urgencia de la "acción" para evitar que algo así acabe siendo posible.

El mundo de atroz pesadilla de la novela responde a la visión de un humanista trágico que presiente la destrucción del espíritu humano como el fin primordial de los sistemas totalitarios y que, a diferencia de Swift, no siente repugnancia por la humanidad sino todo lo contrario: su amor profundo por lo humano, su deseo de vivir en libertad y en fraternal igualdad le empujan a buscar respuestas morales y estéticas acordes con su causa. La caricatura, la distorsión magnificada que Orwell crea deliberadamente en esta novela, es su manera de activar el potencial de la sátira política para armar al hombre corriente con mecanismos de defensa ante los abusos del poder. Sin embargo, para que el artefacto sea efectivo Orwell sabe combinar, como ha señalado pertinentemente Erika Gottlieb⁴, la intencionalidad política con la verosimilitud del realismo psicológico y evita la reducción del libro a una simple abstracción intelectual o a un tratado de ciencia política. Detrás de estos impulsos e intuiciones hay, en realidad, un proyecto literario y político, que Orwell articula con sencilla claridad en el famoso ensayo "Por qué escribo" (1946):

" Lo que más he deseado en los últimos diez años ha sido convertir en arte la escritura política. Mi punto de partida es siempre un sentimiento de militancia, una sensación de injusticia. Cuando me pongo a escribir un libro no me digo: "voy a crear una obra de arte". Escribo porque hay alguna mentira que quiero denunciar, alguna cuestión sobre la que quiero llamar la atención, y mi preocupación inicial es la de conseguir ser escuchado. Pero no podría hacer el trabajo de escribir un libro, o un artículo largo, si ello no fuese también una experiencia estética. Cualquiera que se tome la molestia de revisar mi obra se dará cuenta que, aún cuando se trata de pura propaganda, siempre contiene muchas cosas que un político profesional consideraría irrelevantes. No puedo, ni quiero, abandonar totalmente la visión del mundo que adquirí en mi infancia. Mientras siga vivo seguiré dando enorme importancia al estilo de la prosa, amando la superficie de la tierra, y sintiendo placer en los objetos sólidos y los pedazos de información inútil. No sirve de nada intentar borrar esta parte de mí. La tarea consiste en reconciliar las preferencias y aversiones personales con las actividades de orden esencialmente público, no individual, que la época nos impone a cada uno de nosotros."

EL HILO ARGUMENTAL

La obra se estructura en tres partes. En la primera conocemos a Winston Smith, un hombre de treinta y nueve años: "una figura pequeña y frágil cuya delgadez resultaba realzada por el *mono* azul, uniforme del partido. Tenía el cabello muy rubio, una cara sanguínea y la piel embastecida por un jabón malo, las romas hojas de afeitar y el frío de un invierno que acababa de terminar". Estamos, efectivamente, en primavera, en "un día luminoso y frío de abril" mientras los relojes dan las "trece" y vamos a familiarizarnos con la vida de

⁴ Gottlieb, E., The Orwell Conundrum, 1992

nuestro héroe. Las primeras páginas tienen algo de "Un día en la vida de..." que, en el caso de Winston, incluye el esfuerzo de subir las escaleras de su apartamento debido a los cortes de luz, y la fatiga de hacerlo con una "úlceras de varices por encima del tobillo derecho". El ambiente es poco alentador. La única nota de color la ponen los enormes carteles con la figura de un hombre de mediana edad "con un gran bigote negro y facciones hermosas y endurecidas", y que llevan siempre la misma inscripción. "El Gran Hermano te vigila". En el piso no hay silencio posible. En la superficie de las paredes hay las *Telepantallas*⁵, escupiendo continuamente datos favorables al régimen. Estos instrumentos son capaces de recibir y transmitir simultáneamente. Es decir, que mientras emiten registran cualquier sonido o movimiento en el interior del piso lo que permite que la Policía del Pensamiento, un organismo del Ministerio de la Verdad, haga su trabajo velando por la ortodoxia de los ciudadanos o, mejor dicho, de los cuadros del partido porque en Oceanía "los animales y los proles son libres". Como resultado de las guerras nucleares de los años cincuenta el mundo ha quedado dividido en tres superestados que están en conflicto permanente: Eurasia, resultado de la apropiación rusa de la vieja Europa; Asia oriental; y Oceanía, que comprende las Américas y el imperio Británico. Londres, por tanto forma parte de Oceanía y está en la región llamada División Aérea Número Uno cuyo régimen político, el IngSoc, responde a una estructura piramidal que tiene al Gran Hermano en el vértice y por debajo a los miembros del Partido Interior – una casta dirigente que constituye el cerebro de la organización- y los miembros del Partido Exterior, compuesto por los funcionarios y cuadros del partido. Por debajo, el 85 por ciento de la población, están los *Proles*, reducidos a fuerza de trabajo y a los que no vale la pena vigilar ya que no cuentan para nada. El régimen se organiza en cuatro grandes ministerios que atienden a los problemas esenciales: El Ministerio de la Paz se ocupa de la guerra; el Ministerio de la Verdad, de las mentiras; el Ministerio del Amor, de la tortura, y el Ministerio de la Abundancia, del hambre.

Winston Smith es funcionario del Ministerio de la Verdad y trabaja en el Departamento de Registros, dedicado a reescribir permanentemente el pasado para adecuarlo a la línea del Partido que resulte ser la vigente en el momento. Es una tarea indispensable para dar consistencia al uso del *Doblepensar*, el mecanismo mental que garantiza la reubicación constante en la ortodoxia. Sus colegas trabajan en la implantación de la *Neolengua*, un instrumento que permitirá, por fin, eliminar los engorrosos crímenes de pensamiento que el Partido no tolera. En esta primera parte del relato se nos presentan los otros dos personajes esenciales para el desarrollo de la trama. Se trata de Julia, la chica morena con la que Winston va a vivir una intensa relación amorosa, una joven "de aspecto audaz, de unos veintisiete años, con espeso cabello negro, cara pecosa y movimientos rápidos y atléticos". Y conocemos, también, a O'Brien, un miembro del Partido Interno y que, por tanto, viste *mono* negro, "un hombre corpulento con un ancho cuello y un rostro basto, brutal, y sin embargo rebosante de buen humor". O'Brien ejerce una poderosa atracción sobre

⁵ El Ayuntamiento de Barcelona instaló hace unos años (en una iniciativa de dudosa legalidad constitucional) unas cámaras invisibles para la vigilancia de transeuntes en la plaza que el mismo Ayuntamiento había bautizado con el nombre de George Orwell. Aún están ahí. Es difícil saber si se trata de una casualidad o de un tributo de la municipalidad a la memoria del autor en forma de sutil paradoja orwelliana...

Winston que detecta en su mirada una posibilidad de confianza mutua y la sugerencia de un pensamiento heterodoxo. Los tres, casualmente, participan en una de las sesiones diarias llamadas "Dos Minutos de Odio", cuando en las *Telepantallas* aparecía el rostro ovejuno de Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo. Los presentes podían desahogar su rabia y desprecio por el traidor que había manchado la pureza del Partido. El renegado era el autor de un supuesto libro clandestino y el líder de la odiosa Hermandad, una organización terrorista. Winston, Julia y O' Brien participan, congestionados, en el habitual frenesí colectivo de insultos y gritos enfurecidos contra el enemigo del régimen. Aquel día, Winston toma una decisión de alto riesgo: escribir un diario personal. Sigilosamente, y gracias a un recoveco en su piso que le permite salir del campo de visión de la *Telepantalla*, se encuentra escribiendo una y otra vez, "como por una acción automática", la frase ABAJO EL GRAN HERMANO. Winston siente el pánico de saberse, desde este momento, irremediamente condenado. La constatación íntima de su *Criminal* (crimen mental) le produce un escalofrío, la peor de las premoniciones, pero su resolución es imparable. En el diario, Winston quiere dejar constancia de la existencia de un pasado distinto, de comunicarle a un hipotético, improbable, lector su acto individual de rebeldía y, sobretodo, de desafiar la capacidad del Partido para alterar la realidad. Por eso, como si se tratara de un axioma decisivo Winston Smith anota: "La libertad consiste en poder decir libremente que dos y dos son cuatro. Si se concede esto, todo lo demás vendrá por sus pasos contados".

En la segunda parte, la rebelión de Winston cristaliza y encuentra apoyo con la realización de un acto prohibido: su relación sexual con la promiscua Julia. Estos encuentros están terminantemente prohibidos en Oceanía y se consideran *criminales*. Julia que ha tomado la iniciativa en este terreno (su rebeldía es de "cintura para abajo") intuye perfectamente –¡sin ser lectora de Foucault o de W. Reich!- que la represión sexual no es un producto colateral del totalitarismo sino un factor fundacional. Después de su primer acto sexual clandestino la voz del narrador lo certifica: "Su abrazo había sido una batalla, el clímax una victoria. Era un golpe contra el Partido. Era un acto político". Los dos rebeldes empiezan a conspirar y sus contactos íntimos evolucionan hacia una plena relación amorosa. Orwell escribe párrafos impregnados de lirismo y sensualidad para describir sus encuentros que sirven, sin duda, para intensificar los horrores futuros. El contacto con la belleza es casi siempre antesala del dolor. No olvidan, en cualquier caso el objetivo fundamental de su rebeldía y se arriesgan a contactar con O'Brien, el presumible miembro secreto de la Hermandad. En un encuentro en el que Orwell parodia claramente los ritos católicos, Winston y Julia son recibidos en la casa de O'Brien que les entrega el libro "sagrado": *Teoría y práctica del colectivismo oligárquico* por Emmanuel Goldstein. Winston lee el libro con pasión y en los encuentros clandestinos con Julia lo hace en voz alta (aunque ella, a menudo, se queda dormida). Gracias a los extractos del libro que Orwell intercala en la narración el lector acaba entendiendo los mecanismos del sistema y la organización social de Oceanía.

La tercera parte del libro se convierte en un ejercicio casi intolerable para el lector sobretodo si, atrapado por la eficacia de la vigorosa prosa Orwelliana, no se da cuenta que O'Brien está completamente "chiflado" (véanse sus delirios

sobre el control de la naturaleza o la supresión del orgasmo) lo cual debería proporcionar ciertos respiros cómicos a cualquiera con una mínima dosis de cinismo. Lo digo sabiendo que, de todas maneras, el proceso de tortura, colapso, reeducación y "curación" de Winston Smith a manos de O'Brien da lugar a algunas de las páginas más negras y sofocantes de la literatura universal. No vamos a entrar en detalles. Esta anatomía del totalitarismo que es *Mil novecientos ochenta y cuatro* concluye de manera poco habitual en una novela, con un apéndice: "Los principios de *Neolengua*". Pudiera parecer una farragosa y pesada tarea añadida para el lector. Pero en la satírica construcción de este lenguaje nuevo que va a ser capaz, por su misma estructura, de evitar el pensamiento libre "hacia el año 2050", late el humanismo militante de Orwell que sabe del poder de nuestro distintivo esencial, la palabra, para crear mundos nuevos y mejores. Parece que en el último momento, como señala Gottlieb, "llamase nuestra atención hacia el lenguaje como el arma más decisiva tanto en manos de, como en nuestra lucha contra, las fuerzas totalitarias de nuestro mundo"⁶

PECULIARIDADES DEL MODELO ORWELLIANO

Cabe observar, con cierto detalle, cómo construye Orwell los mecanismos más característicos de la sociedad que retrata la novela. Parece que el primer impulso para escribir *Mil novecientos ochenta y cuatro* lo tuvo Orwell viendo las consecuencias de la conferencia de Teherán (agosto de 1942) entre Churchill, Roosevelt y Stalin, los líderes aliados de la segunda guerra mundial. Y Bernard Crick ha escrito que cuando Orwell presenta la división del mundo en tres grandes bloques está cargando satíricamente contra "la arrogancia de las grandes potencias repartiéndose el mundo en Postdam y Yalta como Papas medievales"⁷. Sin embargo, en el momento de desarrollar el concepto Orwell tiene una deuda directa con la obra de James Burnham, *The Managerial Revolution*⁸. Se puede afirmar que Orwell simplemente lleva a sus últimas consecuencias el análisis de Burnham (cuya obra Orwell comenta públicamente como mínimo en cinco ocasiones entre 1944-47, los años de concepción de su novela).

Burnham especula sobre el tipo de organización social que cabía esperar en el futuro próximo. Para el autor está claro que el capitalismo está en fase agónica pero, a diferencia, de las predicciones clásicas del marxismo, no va a ser el socialismo su substitución natural. El ejemplo soviético era, en opinión de Burnham, un caso claro: la idea que los trabajadores habían tomado el poder era un mito. Tampoco había sido posible en el experimento revolucionario en Cataluña. Era evidente que "no fueron las tropas franquistas las que quitaron el poder a los trabajadores. Éstos habían perdido el control de la situación mucho

⁶ Gottlieb, E., op. cit.

⁷ Crick, B., artículo en el Sunday Times magazine, enero, 1983.

⁸ Burnham, J., *The Managerial Revolution*, Nueva York, 1941.

antes que el ejército de Franco hiciera su entrada victoriosa en Barcelona"⁹. Una visión que, sin duda, debe parecer perspicaz al autor de *Homenaje a Cataluña*. No hay, en realidad, futuro para el capitalismo ni para el socialismo. Lo que, según Burnham, acabará ocurriendo es la consolidación de la sociedad de los *managers*, los técnicos, burócratas, financieros, ejecutivos de las grandes corporaciones que obtendrán el control de los medios de producción y, en consecuencia, el poder del estado. El hecho que una sociedad así se llame "socialista" es puramente nominal, un artilugio para manipular "las emociones de las masas, favorables al ideal socialista histórico de una sociedad internacional libre, sin clases, y para esconder el hecho que la economía de los *managers* es, de hecho, la base para una nueva sociedad clasista y explotadora."¹⁰ El sistema nazi y el soviético, con sus élites dominantes en la estructura del Partido constituyen un modelo incipiente del que describe Burnham. En su opinión, en la nueva sociedad de los *managers*, la proliferación de estados soberanos será gradualmente substituida por un grupo reducido de superestados que van a repartirse el mundo. Burnham habla de tres superestados "primarios": Los Estados Unidos, la Europa nórdica, y el Japón con buena parte de China. Los pequeños estados independientes serán borrados del mapa, incapaces de defender su soberanía. La segunda guerra mundial no será, desde luego, la última en el proceso de consolidación de la sociedad de los *managers*. Burnham asegura que los tres superestados van a mantener litigios permanentes aunque de forma indirecta, sólo para dirimir "qué partes del resto del mundo van a caer bajo el dominio de cada uno de los centros estratégicos... Van a ser guerras de los centros metropolitanos contra los pueblos y territorios más subdesarrollados". Burnham anuncia la implantación inevitable de sociedades fuertemente jerarquizadas que van a superar los modelos dictatoriales de Italia, Rusia o Alemania. Si en éstas casi cada aspecto de la vida social, los negocios, el arte o la educación ya estuvieron directamente controladas por el régimen, en la sociedad de los *managers* la abolición de la libertad individual sería total y absoluta. Es ocioso resaltar los paralelismos con el modelo político dominante en *Mil novecientos ochenta y cuatro*.

En sus reseñas de la obra de Burnham, Orwell le acusa de apocalíptico, de profeta de calamidades y de contribuir a diseminar la idea que el totalitarismo era un mal inevitable, alimentando con ello actitudes poco militantes para oponerse a su implacable implantación. Orwell, pues, atribuye a Burnham un pesimismo infundado puesto que, en sus palabras, "la historia nunca ocurre de manera tan melodramática". Curiosamente, o más bien, típica paradoja orwelliana, ésta es, justamente, la clase de crítica que el mismo Orwell recibe cuando algunos se empeñan a leer su obra en clave profética.

Un segundo concepto esencial en la configuración de *Mil novecientos ochenta y cuatro* es la idea del control del pasado. Quien controla el pasado, dice el eslogan del Partido, controla el futuro, y quién controla el presente controla el pasado. La vieja idea que el pasado constituye una sucesión de hechos que explican el presente ha quedado periclitada. En Oceanía el pasado se crea a partir del presente. Para poder vivir en una especie de presente interminable en

⁹ Ibid., p.216

¹⁰ ibid., p.122

el que el Partido siempre está en la posición "correcta" es indispensable alterar constantemente los registros del pasado para adecuarlos a la situación actual (lo está haciendo, estos días, el voluntarioso presidente Bush cuando ha empezado a cambiar la idea de "demostrar que Irak tenía armas de destrucción masiva" por la de "demostrar que Irak tenía un plan para la fabricación de armas de destrucción masiva"). En Oceanía, por supuesto, la historia ha terminado. Para comprender el mecanismo que permite demostrar la infalibilidad del Gran Hermano y la coherencia del Partido, será suficiente citar un párrafo sobre el tipo de trabajo que Winston Smith realiza para el Ministerio de la Verdad :

"Los mensajes que había recibido se referían a artículos o noticias que por una u otra razón era necesario cambiar, o, como se decía oficialmente, rectificar. Por ejemplo, en el número del Times correspondiente al 17 de marzo se decía que el Gran Hermano, en su discurso del día anterior, había predicho que el frente de la India Meridional seguiría en calma, pero que, en cambio, se desencadenaría una ofensiva eurasiática muy pronto en África del Norte. Como quiera que el alto mando de Eurasia había iniciado su ofensiva en la India del Sur y había dejado tranquila al África del Norte, era por tanto necesario escribir un nuevo párrafo del discurso del Gran Hermano, con objeto de hacerle predecir lo que había ocurrido efectivamente. Y en el Times del 19 de diciembre del año anterior habían publicado los pronósticos oficiales sobre el consumo de ciertos productos en el cuarto trimestre de 1983, que era también el sexto grupo del noveno plan trienal. Pues bien, el número de hoy contenía una referencia al consumo efectivo y resultaba que los pronósticos se habían equivocado muchísimo. El trabajo de Winston consistía en cambiar las cifras originales haciéndolas coincidir con las posteriores..."

Es decir, cualquiera que intentara cuestionar estas informaciones no podría demostrarlas "documentalmente". Un hipotético crítico sería, inevitablemente, considerado un demente ante la imposibilidad de fundamentar sus acusaciones. La destrucción del pasado es un paso crucial para hacer desaparecer el concepto de realidad objetiva ("Lo que el Partido acepta como verdad, es verdad", "Es imposible entender la realidad sino es a través de los ojos del Partido"). Justamente por eso, Orwell transforma en la novela su fascinación por los objetos e ideas del pasado en elementos simbólicos de resistencia: el pisapapeles de coral, el sonido de las campanas, el "dos y dos son cuatro" son el tipo de realidades que el Partido, quizás, no pueda destruir.

Un tercer concepto que permite "cerrar" la sociedad de *Mil novecientos ochenta y cuatro* es la idea del poder por el poder. Winston Smith ha ido comprendiendo el *cómo* pero no puede llegar a entender el *por qué*. En una de las sesiones de tortura O'Brien le aclara el enigma: "Somos los sacerdotes del poder...El partido quiere tener el poder por amor al poder mismo. No nos interesa el bienestar de los demás; sólo nos interesa el poder. No la riqueza ni el lujo, ni la longevidad ni la felicidad; sólo el poder, el poder puro... Los nazis alemanes y los comunistas rusos se acercaban mucho a nosotros por sus métodos, pero nunca tuvieron el valor de reconocer sus propios motivos... El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo." Los antiguos regímenes totalitarios sintieron la necesidad de tener un fin elevado para justificar los medios más repulsivos. En

Oceanía esta hipocresía ya no es necesaria. Si un acontecimiento histórico invita a pensar que la pasión por el poder está por encima las ideologías éste es, desde luego, el pacto germano-soviético de 1939. Miles de voluntarios antifascistas se habían alistado voluntariamente en las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española siguiendo la estrategia comunista de formar un gran bloque para hacer frente al enemigo bestial de la humanidad, el nacionalsocialismo de Hitler. A su regreso de España, al final de la década de las grandes movilizaciones de la izquierda para frenar la agresión fascista contra sus organizaciones y con Franco victorioso en España, los militantes y simpatizantes comunistas, los que tienen todas las esperanzas de progreso en la Rusia, patria del socialismo, tienen que asumir, perplejos, el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin que se formaliza en virtud de una amistad –en palabras de Stalin- "cimentada en sangre". Orwell acaba de regresar de España con el souvenir de una bala fascista que le ha atravesado el cuello y que no ha acabado con su vida de milagro. Para él (y tantos otros voluntarios internacionales) la foto de Stalin y Hitler dándose la mano debía resultar una auténtica alucinación. Poco después, Orwell escribe: "Los dos regímenes (el de Hitler y el de Stalin), los dos enfáticamente revolucionarios pero habiendo empezado desde puntos opuestos, evolucionan rápidamente hacia el mismo sistema, una forma de colectivismo oligárquico"¹¹

Como verá el lector en la novela de Orwell se citan fragmentos del libro de Godstein, el que describe la estructura de poder y que lleva por título "Teoría y práctica del colectivismo oligárquico". No es la paranoia personal lo que calienta la imaginación de Orwell. Lo que le lleva a imaginar mundos siniestros son los acontecimientos históricos del momento.

Hay, aún, un par de mecanismos que son indispensables para la identificación plena y constante con los postulados del Partido. Un individuo integrado debe dominar el *Doblepensar* y la *Neolengua*. Winston Smith reflexiona en silencio sobre la naturaleza del *Doblepensar*: "Saber y no saber, hallarse consciente de lo que es realmente verdad mientras se dicen mentiras cuidadosamente elaboradas, sostener simultáneamente dos opiniones sabiendo que son contradictorias y creer sin embargo en ambas; emplear la lógica contra la lógica, repudiar la moralidad mientras se recurre a ella, creer que la democracia es imposible y que el Partido es el guardián de la democracia; olvidar cuanto fuera necesario olvidar y, no obstante, recurrir a ello, volverlo a traer a la memoria en cuanto se necesitara y luego olvidarlo de nuevo; y, sobre todo, aplicar el mismo proceso al procedimiento mismo". Los cuadros del Partido necesitan perentoriamente esta facultad mental para poder alterar sus recuerdos de manera adecuada. Debe ser un proceso consciente para evitar "despistes" pero, al mismo tiempo, debe ser inconsciente para evitar la sensación de falsedad que conllevaría engorrosos sentimientos de culpabilidad. El autor del ensayo sobre la corrupción del lenguaje político, "*Politics and the English Language*"(1946), sabe bien que para conseguir facultades tan sofisticadas es importante ayudar a las elites del partido con algún proceso de automatización, algo que haga el *crimantal* prácticamente imposible, un

¹¹ En *Red, White and Brown*, Time and Tide, 4/5/1940.

instrumento intelectual que permita a los miembros del Partido una ortodoxia "inconsciente". Éste es el objetivo que persigue la *Neolengua*.

Orwell había escrito que el lenguaje político parecía, a menudo, diseñado "para hacer que las mentiras suenen verdaderas y el asesinato respetable" y se quejaba del abuso de frases hechas, clichés y metáforas muertas que constituían una "sustitución mecánica del pensamiento"¹². La *Neolengua* de *Mil novecientos ochenta y cuatro* va en esta dirección. Se trata de un proceso, en el que trabajan los funcionarios del Ministerio de la Verdad, para despojar los vocablos de posibles sentidos heréticos. "Estamos podando el idioma para dejarlo en los huesos", como afirma un colega de Winston en el Ministerio. La finalidad de la *Neolengua* es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente. Las palabras supervivientes debían ajustarse a un campo semántico específico: "Por ejemplo: la palabra *libre* aún existía en *Neolengua*, pero sólo se podía utilizar en expresiones como "este perro está libre de piojos" o "este prado está libre de malas hierbas". No se podía usar en su viejo sentido de "políticamente libre" o "intelectualmente libre", ya que la libertad política e intelectual ya no existían como conceptos y por lo tanto necesariamente no tenían nombre."

El sistema tenía otros recursos para mantener el orden: la familia entendida como una prolongación de la Policía del Pensamiento con los hijos educados a ejercer un espionaje constante y entusiasta sobre sus propios padres; las novelas pornográficas escritas por máquinas, la ginebra barata y la lotería para mantener entretenidos a los *Proles*; la represión sexual para mantener la población en un estado de histeria que podía fácilmente transformarse en fiebre de guerra o en adoración de los líderes, y la consiguiente ración de los "Dos minutos de Odio" diarios que daban vía libre a las energías acumuladas. En esto la pragmática Julia siempre daba en el clavo: "Cuando haces el amor gastas energías y después te sientes feliz y no te importa nada. No pueden soportar que te sientas así. Quieren que estés a punto de estallar de energía todo el tiempo. Todas estas marchas arriba y abajo vitoreando y agitando banderas no es más que sexo agriado. Si eres feliz dentro de ti mismo, ¿por qué te ibas a excitar por el Gran Hermano y el Plan Trienal y los Dos Minutos de odio y todo el resto de su porquería?". En fin, si todos estos mecanismos fallaban el sistema disponía, por supuesto, de las torturas como método final de disuasión y reconversión.

LA RECEPCIÓN CRÍTICA

El propio Orwell, con el típico *understatement* británico, dedicó diversos epítetos a su libro en correspondencia con amigos: "No estoy encantado con el libro pero tampoco estoy absolutamente insatisfecho. Creo que es una buena idea pero su ejecución habría sido mucho mejor si no hubiera tenido que

¹² The English People, 1947. p.33

escribirlo bajo la influencia de la tuberculosis... No es el tipo de libro del que puedan esperarse grandes ventas¹³... Una buena idea echada a perder... Me ha salido un estropicio, en parte por el hecho de haberlo escrito en un estado de salud tan precario, pero quizás algunas de las ideas puedan interesarte...". La reacción de los críticos fue mucha más alentadora. El libro se publica casi simultáneamente en Inglaterra y en Estados Unidos. En su propio país Orwell es mayormente conocido como el autor de *Rebelión en la granja* y como el columnista del semanario *Tribune*, un portavoz de las tendencias más izquierdistas del Partido Laborista. Esta familiaridad con el autor permite valorar la novela en relación a su trayectoria y hay unanimidad en resaltar su voluntad satírica y la amplitud de su denuncia más allá de las críticas al estalinismo. Así, Verónica Wedgwood afirma que Orwell ha escrito su libro "más convincente, absorbente y valioso" con la intención de evitar que "su predicción se convierta en realidad"¹⁴. Julian Symons que toma la precaución de recordar la militancia política de Orwell, agradece la existencia de "un escritor que trata los problemas del mundo... y que es capaz de hablar seriamente y con originalidad de la naturaleza de la realidad y los terrores del poder"¹⁵. El diplomático Harold Nicolson habla de un "cuento aleccionador" que nos quiere persuadir de "los terribles resultados que obtendríamos si, por no vigilar, permitimos que nuestra tradición humanista quede sepultada ante la riada materialista"¹⁶. Bertrand Russell sostiene que la novela describe un régimen totalitario "de cualquier tipo" y añade que "es importante que el mundo occidental sea consciente de estos peligros y no sólo en la forma restringida del miedo a Rusia"¹⁷. Finalmente, V.S. Pritchett declara que el libro es tan bueno como el mejor Swift y considerar la novela como una "sátira feroz" contra "la corrupción moral del poder absoluto"¹⁸, y Herbert Read la define como "la advertencia más terrorífica jamás formulada cuya fascinación proviene de su verosimilitud"¹⁹. La prensa comunista lo interpreta, significativamente, como un ataque a la Unión Soviética y, como es habitual desde la publicación de *Homenaje a Cataluña*, intenta presentar al autor como un paranoico anti-comunista.

Sin embargo, en Estados Unidos dónde Orwell es sólo conocido como el autor de *Rebelión en la granja*, una evidente sátira contra la evolución de la revolución soviética, las críticas –con algunas excepciones, como las ponderadas de los profesores Lionel Trilling, Daniel Bell o Philip Rahv- se inclinan mayoritariamente por presentar la novela como un alegato magistral contra el enemigo número uno de los EEUU, es decir, la Unión Soviética²⁰. Esta lectura se magnifica cuando el reaccionario y populista *Reader's Digest* serializa la novela o cuando la revista *Life* reproduce fragmentos de la obra

¹³ Un año después de la fecha de su publicación, el 8 de junio de 1949, se llevaban vendidos 400.00 ejemplares.

¹⁴ *Time and Tide*, 11/6/1949

¹⁵ *Times Literary Supplement*, 10/6/1949

¹⁶ *The Observer*, 12/6/49

¹⁷ Informe a los editores para su uso en la sobrecubierta de la primera edición.

¹⁸ *New Statesman and Nation*, 18/6/1949

¹⁹ *World Review*, Junio, 1949

²⁰ En plena sintonía, por cierto, con el crítico de *Pravda* que, a pesar de eso, tranquilizaba a sus lectores asegurando que "las fuerzas de la paz, la libertad y la vida... guiadas por la Unión Soviética, son indoblegables y poderosas y garantizan a la humanidad la felicidad y la prosperidad", *Current Digest of the Soviet Press*, 1/7/1950.

acompañados de ilustraciones de gran formato. Orwell recibe con alarma estas noticias, especialmente las insinuaciones de que se trata de un ataque al Partido Laborista Británico y, desde su aislamiento en la remota isla de Jura, intenta aclarar sus intenciones. A propuesta de Orwell su editor prepara una nota de prensa en la que se explicitan las intenciones del autor: "... Algunos críticos de *Mil novecientos ochenta y cuatro* han sugerido que el punto de vista del autor es que eso, o algo parecido, es lo que va a ocurrir en los próximos cuarenta años en el mundo occidental. Eso no es correcto. Pienso que, a parte del hecho que el libro es, después de todo, una parodia, algo similar a *Mil novecientos ochenta y cuatro* "podría" ocurrir. Esta es la dirección del mundo en el presente, y la tendencia está enraizada en los fundamentos políticos, sociales y económicos de la situación del mundo contemporáneo... La moraleja que debería extraerse de esta peligrosa pesadilla es muy simple: *No dejes que ocurra. Depende de ti.*" Y en una carta de respuesta a Francis A. Henson, dirigente del sindicato de automóviles que ha recomendado la novela a sus miembros, Orwell escribe: "Mi novela no es un ataque contra el socialismo o contra el Partido Laborista (del cual soy simpatizante) sino un intento de poner de manifiesto las perversiones que pueden derivarse de una economía centralizada y que, en parte, ya han ocurrido en sistemas como el fascismo y el comunismo. No creo que la sociedad que describo llegue a implantarse necesariamente, pero creo que (a parte del hecho de que el libro es una sátira) que algo parecido *podría* llegar a ocurrir. También creo que las ideas totalitarias están enraizadas en las mentes de intelectuales de todas partes, y he intentado llevar estas ideas a sus últimas consecuencias. La acción del libro se desarrolla en Inglaterra para resaltar el hecho de que las razas de habla inglesa no son genéticamente mejores que cualquier otra y que el totalitarismo, *si no se lucha activamente para evitarlo*, podría imponerse en cualquier parte".

Es difícil evaluar la eficacia de aclaraciones de este tipo *a posteriori*. En cualquier caso no deja de ser preocupante que un libro no se explique por sí mismo. Por eso suscribo lo que, con sentido común, apunta Bernard Crick en su biografía: "Hubiera sido mejor sacrificar alguna de las virtudes formales de la novela y conseguir más claridad de intención en lugar de verse obligado a escribir *memorandums* para la prensa americana y para las agencias de noticias después de su publicación."²¹

En la España franquista *Mil novecientos ochenta y cuatro*, así como los demás libros de Orwell, estuvieron sometidos a la presión de la situación política: por un lado el régimen consideró siempre interesante permitir la publicación de un autor crítico con el comunismo pero, por otro lado, no se podían exagerar las simpatías hacia alguien que había luchado activamente contra Franco durante la guerra civil. Así, la censura permitió la rápida publicación de la novela (en 1952) pero tardó, en cambio, veinte años, en permitir la publicación de *Homenaje a Cataluña* que sólo se publicó en versión censurada en 1970. La primera edición peninsular íntegra, en castellano, se ha publicado este mismo año coincidiendo con el centenario del autor, 28 años después de la muerte de Franco²². Si Orwell ha sido siempre un escritor incómodo por su capacidad de expresar verdades "inoportunas", en el caso de España y para muchas

²¹ Crick, B., *George Orwell: A Life*, op. Cit., p.397.

²² En *Orwell en España*, Tusquets, 2003.

generaciones de intelectuales antifranquistas, la recepción de sus obras ha sido especialmente compleja, siempre marcada por el evidente papel primordial del partido comunista en la articulación de la oposición al dictador.

LAS RAICES ESPAÑOLAS DE *MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y CUATRO*

La novela contiene aspectos de procedencia diversa y son muchos los elementos que es fácil identificar en lecturas previas del autor. Está Jack London (un autor que ya tuvo una clara influencia en el primer libro de Orwell, *Sin blanca por París y Londres*) con ecos de su *The Iron Heel* (El talón de hierro) y los métodos brutales de las oligarquias para imponer el poder y aplastar las disidencias. Koestler y su *Darkness at Noon* (Oscuridad al mediodía) son una referencia inevitable en relación a los interrogatorios de O'Brien a Winston Smith, similares a los que sufre el viejo líder bolchevique Rubashov en la novela de Koestler y que acaban con la admisión de sus errores y la resignada convicción que con su propia ejecución va a dar el último servicio al Partido. Está también, implícita en ambas novelas, una parodia de las estructuras organizativas de la iglesia católica como modelo de inspiración para los regímenes totalitarios. Y están, por supuesto, los libros de Burnham sobre la división del mundo en grandes bloques de poder que ya hemos comentado, o la fantasía futurista del ruso Zamyatin, *Nosotros*²³, o las evidentes similitudes de Godstein con Trotsky (cuyo nombre real era Bronstein) que nos remiten a "La revolución traicionada" de Trotsky como fuente del libro prohibido de Goldstein en la novela. Hay, también, algo de su admirado Chesterton en las múltiples paradojas que Orwell propone y podrían señalarse otros detalles menores que sugieren ecos de otras lecturas previas. Nadie escribe en el vacío. Sin embargo, puede resultar de especial interés para el lector de esta edición rastrear los ecos de las experiencias de Orwell en la guerra civil española en la configuración de *Mil novecientos ochenta y cuatro*. No se trata de curiosidades que permitan la apropiación, más o menos provinciana, de una obra célebre. Existe consenso generalizado en la crítica sobre el decisivo impacto de aquellos acontecimientos en el autor y él mismo lo afirma cuándo sitúa dicha experiencia como eje pivotal de su trayectoria: "*La guerra española y otros acontecimientos entre 1936 y 1937 hicieron girar la balanza y a partir de entonces supe con quién estaba. Cada línea de trabajo serio que he escrito desde 1936 ha sido escrita, directa o indirectamente, contra el totalitarismo y a favor del socialismo democrático, tal como yo lo entiendo.*"²⁴

Como es sabido, Orwell se enrola, casi por azar, en las milicias del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) a su llegada a Barcelona a finales de diciembre de 1936. El POUM es un partido marxista radical cuyo dirigente más visible durante la guerra civil es Andreu Nin. El periódico del partido, *La Batalla*, es uno de los pocos que se atreve a denunciar las purgas de Stalin contra viejos bolcheviques. Unas semanas después de iniciada la guerra civil Nin se

²³ Orwell comentó en alguna ocasión que tomó la obra de Zamyatin como "modelo" para su próxima novela y han existido insinuaciones de plagio pacientemente refutadas en el extenso estudio de Steinhoff, *The Road to 1984*, 1975.

²⁴ "Por qué escribo", 1946

atreve a afirmar lo siguiente: "En nombre del socialismo y de la clase obrera revolucionaria, protestamos contra el crimen monstruoso que acaba de perpetrarse en Moscú."²⁵. En la situación de gradual influencia de la Unión Soviética en el gobierno de la República y la presencia cada vez mayor de agentes estalinistas dispuestos a extender la política de purgas de disidentes, la suerte de Nin y del POUM está echada. La ocasión propicia llega con los llamados Hechos de Mayo de Barcelona en 1937 que Orwell, accidentalmente, tiene ocasión de vivir como testimonio directo (véase *Homenaje a Catalunya*). Fuerzas de policía, comandadas por miembros comunistas del gobierno catalán, intentan tomar el control por la fuerza del edificio de la Telefónica hasta entonces gestionado por la CNT. Los anarquistas se resisten y el POUM se pone a su lado ante lo que consideran una provocación. La tensión deriva en sangrientos enfrentamientos por las calles de Barcelona durante cuatro días de mayo. El encontronazo entre la gran división de la izquierda entre autoritarios y libertarios se salda con cientos de muertos. El POUM es acusado por los comunistas, con falsedad deliberada, de haber instigado y provocado los hechos y se les acusa, sin fundamento alguno, de colaboración con los fascistas y de simpatías pro-nazis. La situación se resuelve con diversas medidas: cambios significativos en el gobierno de Madrid que refuerzan la influencia comunista; el secuestro, tortura y asesinato de Andrés Nin en una operación dirigida por agentes estalinistas; y la posterior ilegalización y persecución del POUM seguida de la detención de sus líderes más destacados. Paradójicamente Orwell quería utilizar esos días de permiso en Barcelona para pedir la baja de las milicias del POUM (cuya política le parecía poco pragmática) y incorporarse a las Brigadas Internacionales para poder luchar en algún frente más activo que el de Aragón. No veía ningún inconveniente en ponerse bajo disciplina comunista. En cualquier caso, perplejo ante los acontecimientos que acaba de vivir en Barcelona y sin poder aún vaticinar sus consecuencias, Orwell decide no abandonar a sus compañeros del POUM que, tan vilmente, se han visto acusados de traición y se reincorpora a su posición en el Frente de Aragón. A los pocos días, una bala enemiga le atraviesa el cuello. Regresa, convaleciente, a la capital catalana para reencontrarse con su mujer. La represión contra personas relacionadas con el POUM está en pleno apogeo. Pasan unos pocos días en semiclandestinidad en la ciudad hasta que consiguen escapar y atravesar sigilosamente la frontera de Port-Bou para regresar a Inglaterra.

No es difícil encontrar en los escritos sobre sus experiencias españolas frases que parecen remitirnos directamente al mundo de *Mil novecientos ochenta y cuatro*. La misma escritura de *Homenaje a Cataluña*, como el diario que escribe Winston Smith, parece responder antes que nada a la voluntad de poner dificultades a los que intenten "rescribir el pasado". Orwell, no lo olvidemos, ha sido educado en la práctica del *fair play* en la cuna de la tradición liberal británica que es el colegio de Eton. En Cataluña se da cuenta de la facilidad con la que puede desaparecer la verdad mínimamente objetiva ante determinados hechos históricos. En su ensayo "Recordando la guerra civil española" aparecen varias afirmaciones que parecen apuntar al tema del control del pasado en la novela. Comentando las informaciones totalmente

²⁵ La Batalla, 25/8/1936

contradictorias que daban los dos bandos durante la guerra escribe: "Estas cosas me parecen aterradoras, porque me hacen creer que incluso la idea de verdad objetiva está desapareciendo del mundo... parece que vamos a un mundo fantasmagórico en el que lo negro puede ser blanco mañana y en el que puede cambiarse por decreto el tiempo que hacía ayer". Y aún hay ecos más evidentes en la siguiente cita: "Es justamente esta base común de concordancia... lo que el totalitarismo destruye. El objetivo tácito de esta argumentación es un mundo de pesadilla en el que el jefe, o la camarilla gobernante, controla no sólo el futuro, sino también el *pasado*. Si el Jefe dice de tal o cual acontecimiento que no ha ocurrido, pues no ha ocurrido; si dice que dos y dos son cinco, dos y dos serán cinco."²⁶

He oído contar a varios lectores de esta novela que han pasado por la experiencia de haber vivido bajo regímenes totalitarios que la leyeron convencidos que Orwell era el pseudónimo de algún compatriota suyo. Sólo así podían explicarse la precisión con que describía la situación. Sin embargo, aunque fuera sólo durante unos días en junio de 1937, el miliciano Orwell pudo "sentir" los efectos de vivir en estas condiciones. Lo señala en *Homenaje a Cataluña*: "Todo el tiempo tenía uno la odiosa impresión de que cualquiera que hasta entonces hubiera sido amigo suyo podría estar denunciándolo a la policía secreta... Nadie que estuviera en Barcelona entonces o los meses que siguieron podrá olvidar el horrible clima generado por el miedo, la sospecha, el odio, los periódicos censurados, las cárceles atestadas, las larguísimas colas de la compra y los grupos armados que recorrían las calles." Puro *Mil novecientos ochenta y cuatro*!

El recuerdo de un Andreu Nin "vaporizado" (con las pintadas por las paredes de Barcelona clamando: ¿Dónde está Andreu Nin?) fue el último souvenir político que Orwell se llevó de Barcelona. Nin estaba camino de convertirse en *in persona*. En la lógica perversa de que "el fin justifica los medios" es probable que muchos comunistas creyeran de buena fe que se trataba de un asesinato "necesario". Esta idea es la que detectó Orwell en algunos versos del poeta Auden en su largo poema "Spain" publicado, precisamente, en mayo de 1937 a su regreso de una breve visita a España. Auden se siente, en aquellos meses, compañero de viaje del Partido Comunista y la estrofa en cuestión incluye este verso: "Hoy, la aceptación consciente de culpa en el asesinato necesario". Orwell escribe una crítica feroz del poema y habla del amoralismo de Auden que sólo es posible en alguien "que siempre está en otro sitio cuando disparan el gatillo". La crítica de Orwell (sobre la que insistió en el ensayo *Dentro de la ballena*, 1940) hizo mella en Auden que primero cambió los versos aludidos por otros más ambiguos y, finalmente, decidió repudiar todo el poema y dio instrucciones para que no fuera jamás reproducido. Es una polémica elocuente, con la guerra civil en el trasfondo, que ilustra la actitud crítica contra las elites intelectuales que Orwell satiriza en la novela. Quizás por eso Winston Smith en *Mil novecientos ochenta y cuatro* insiste, una y otra vez, en que "si hay alguna esperanza, está en los *proles*". A la vista de cómo viven los *proles* en la novela es evidente que la esperanza es escasa. Orwell, después de las experiencias vividas en España con el efímero triunfo de las ilusiones revolucionarias de los

²⁶ *Recordando la guerra civil española*, New Road, Junio de 1943.

trabajadores durante los primeros meses de la guerra civil, no puede mostrarse extraordinariamente optimista. Su reivindicación de la clase obrera conlleva una crítica a la capacidad acomodaticia de muchos intelectuales y dirigentes políticos. La razón de su esperanza parece tener una base más biológica que intelectual. La expresa, otra vez, en sus recuerdos de la guerra civil: "La lucha de la clase obrera es como una planta que crece. La planta es ciega y sin seso, pero sabe lo suficiente para estirarse sin parar y ascender hacia la luz, y no cejará por muchos obstáculos que encuentre". Esta fe está, sin duda, directamente animada por su convivencia entre milicianos españoles. Lo constata en las páginas finales de *Homenaje a Cataluña*: "Esta guerra en la que he tenido un papel tan poco eficaz, me ha dejado muchísimos recuerdos desagradables, pero que no habría querido perdérmela. Cuando se es testigo de una catástrofe de esta magnitud –porque, termine como termine, la guerra española se considerará una catástrofe terrible, al margen de las matanzas y el sufrimiento físico- no se ve uno abocado necesariamente a la desilusión y al escepticismo. Es curioso, pero después de las experiencias que he vivido no tengo menos sino más fe que antes en la honradez de los seres humanos."

La experiencia española de Orwell, reflejada en *Homenaje a Cataluña* y otros muchos escritos relacionados con España²⁷, contiene un número importante de elementos que para el lector de *Mil novecientos ochenta y cuatro* han de parecer, retrospectivamente, como ideas embrionarias que el autor adapta e incorpora en la ficción. No vamos a cansar al lector insistiendo en ellos. Quizás baste, para terminar, una nota aparentemente casual, una paradoja netamente orwelliana. En su reciente biografía, ya citada, Gordon Bowker aporta datos que refuerzan los ya conocidos sobre el peligro real que Orwell y su mujer corrían en Barcelona después de los hechos de mayo. Bowker ha identificado a un joven londinense llamado David Crook como el encargado de hacer amistad con Orwell y los demás ingleses en el POUM para luego pasar informes al comité central del Partido Comunista. Crook, voluntario en las Brigadas Internacionales, es herido en la batalla del Jarama y se traslada a Barcelona para su recuperación. Recibe un curso acelerado de espionaje, nada menos que de Robert Mercader (el comunista catalán que obtuvo notoriedad asesinando a Trotsky) para prepararle, según sus propias palabras, "a jugar un pequeño papel en la eliminación del POUM". Su contacto en Barcelona es Hugh O'Donnell que trabajaba también directamente para Moscú y cuyo apodo de contacto es... O'Brien! Es decir, sin que Orwell nunca se enterara y, como dice el biógrafo, "en una de las coincidencias literarias más extrañas", Orwell da el mismo nombre, O'Brien, al personaje de *Mil novecientos ochenta y cuatro* que gana la confianza del rebelde Winston Smith para finalmente detenerlo y torturarlo. Los O'Brien no son necesariamente personajes ficticios. Pululaban en España en 1937 y existen en nuestro mundo de hoy. Por eso, quizás, esta novela ocupa un lugar firme en nuestra imaginación a pesar de que el año del título sea una fecha lejana de aquel siglo veinte.

²⁷ Ver Davison, P. (ed.), *Orwell en España*, 2003.

En un recuento reciente, se calcula que las ventas de *Mil novecientos ochenta y cuatro* superan los 40 millones de ejemplares en las sesenta lenguas a las que ha sido traducida. Esta cifra da cuenta del persistente interés por la obra de Orwell que, en el año de su centenario, no ha hecho más que aumentar. Algo tendrá que ver, por supuesto, el talento literario del autor y algo le deberá Orwell a la lamentable insistencia de la historia en hacernos ver que sus temores -para quien lea el mundo con sentido crítico-, nunca parecen perder actualidad. Si bien esta novela ocupa un lugar central en la percepción que los lectores tienen de Orwell, la profusión de estudios críticos sobre el conjunto de su obra y, muy especialmente, la rigurosa y monumental edición en veinte volúmenes de las obras completas que Peter Davison publicó en 1998, permiten una aproximación informada al autor más allá del éxito espectacular de *Rebelión en la granja* o *Mil novecientos ochenta y cuatro*. Una de las consecuencias es la creciente valoración de la obra periodística y ensayista de Orwell, así como del estilo narrativo de los escritos de base autobiográfica como *Homenaje a Cataluña*. De su conjunto emerge la identificación de un tipo de prosa con el calificativo de *Orwelliana*, algo reservado a unos pocos en la historia de la literatura. El adjetivo remite a una prosa que combina su fluidez aparentemente cristalina con una mordacidad extraordinariamente eficaz para la polémica política.

Orwell, a pesar de haber sufrido diversos procesos de beatificación desde la izquierda y desde la derecha, no fue un santo. Como él mismo afirma a propósito de Gandhi, "un santo siempre es sospechoso mientras no se demuestre lo contrario". Su obra y sus actitudes personales están saludablemente marcadas por contradicciones varias. Eso explica que su nombre esté abierto a múltiples ecos. Sin embargo, lo importante, finalmente, es que todos parecen pertinentes para sociedades que quieran otorgarse la dignidad de llamar las cosas por su nombre. Su pasión por desenmascarar la perversidad de los clichés del lenguaje político nos ha dejado un legado de expresiones que han conseguido penetrar el lenguaje coloquial y que siempre apuntan a lo mismo: a defendernos de las tentaciones totalitarias de los que ostentan el poder, provengan éstos de la derecha, de la izquierda o del centro.

Miquel Berga
Facultad de Humanidades / Universidad Pompeu Fabra
Julio del 2003